

vista de Saumur. Unos cuantos gendarmes y un pelotón de sargentos de la Escuela, enviados á su encuentro por el subprefecto, después de la llegada del gendarme de Montreuil, se replegaron delante del general y no se detuvieron hasta detrás del puente Fouchard, que Bertón mandó cerrar con algunos carros.

Este había cumplido su promesa: se encontraba delante de Saumur, con la bandera tricolor desplegada, á la cabeza de insurrectos traídos de siete leguas de distancia. Ahora tocaba á los conjurados de la ciudad el realizar su misión en la obra común. Pero los individuos del comité ejecutivo no parecían por ninguna parte; y viendo cada cual en aquella ausencia una excusa para su inercia, nadie se atrevía á tomar resueltamente la iniciativa de un llamamiento á las armas.

Mientras el subprefecto practicaba diligencias para conseguir que el comandante del castillo le enviase un destacamento de su pequeña guarnición y una pieza de artillería para destruir la barricada, los principales insurrectos y los conjurados de Saumur, favorecidos por la ausencia de todo orden y de toda consigna de parte de la ciudad, y por la profunda obscuridad de la noche, iban de un campo al otro ó se encontraban en el puente. Suplicaban á Bertón que atacara, diciéndole que la guardia nacional y la Escuela no esperaban más que su presencia para sublevarse. «Que vengan aquí y entraré en la ciudad al frente de ellos, contestaba el general; anuncié á los patriotas de Thouars que encontrarían á Saumur sublevado, y sólo entrarán con esta condición.» El tiempo se pasa en discusiones infructuosas, en quejas y mutuos reproches. Viendo que nadie le secundaba y teniendo noticia de que iban á bajar del castillo una pieza de artillería para atacar á su débil columna, Bertón mandó tocar retirada. A los que le aconsejaban que resistiera replicó: «No quiero ser causa de que se derrame sangre francesa inútilmente; no sacrificaré á promesas que quizá no se cumplan á uno solo de los hombres que me han seguido.» Un pelotón de cincuenta jinetes salió en persecución de los fugitivos, pero mientras aquél seguía una falsa pista por el camino de Doué, éstos se retiraban por la carretera de Montreuil. Cada conjurado pudo regresar á su domicilio sin novedad. Pero, desde el día siguiente, la policía tomó indagaciones en Saumur, en Thouars y en todas las localidades vecinas, y prendió á más de ciento cincuenta personas.

Esta nueva derrota sin combate, en que no se había desenvainado un solo sable ni disparado un solo tiro, tenía efecto mientras se veía ante el consejo de guerra de Tours la causa de los alumnos sargentos presos dos meses antes. Se les perseguía como autores, cómplices ó no reveladores de un complot tramado en la escuela de Saumur, con el objeto de derribar al gobierno del rey, cambiar el orden de sucesión del trono y excitar á los ciudadanos á la guerra civil. El proceso, incoado el 20 de febrero, cuatro días antes de la intentona de Saumur, terminó el 28 con una sentencia que condenaba al teniente Delón y á los sargentos de caballería Sirejeán y Condert á la pena de muerte. Los demás acusados, alumnos todos de la Escuela, fueron condenados á cinco y dos años de prisión, exceptuando á dos que fueron absueltos. Sirejeán y Condert apelaron de la sentencia, que fué casada, y el 20 de abril siguiente,

comparecieron ambos ante un segundo consejo de guerra que condenó de nuevo á Sirejeán á la pena de muerte y á Condert á cinco años de prisión. El día 2 de mayo, Sirejeán fué pasado por las armas.

Seis semanas después, la Audiencia del Loira Inferior juzgó, á su vez, á los oficiales del 13.º de línea y á los nanteses presos el 9 de febrero anterior. Los acusados eran doce: seis comparecientes y seis contumaces; todos fueron absueltos. Dos días después, el general Bertón, á quien se había perseguido en vano durante cerca de cuatro meses, fué preso.

Después de haber acompañado hasta las puertas de Thouars á la mayor parte de los insurrectos que le habían seguido á Saumur, se refugió en La Rochela con cuatro conjurados que emigraron á España en un buque de comercio. Bertón, á quien todo el mundo acusaba de débil, no quiso expatriarse, y se dispuso á contestar á las acusaciones que hacían pesar sobre él su inacción ante Saumur y su retirada, organizando los elementos de conjuración reunidos en La Rochela. Los carbonarios de esta ciudad le pusieron prontamente en relación con el capitán Massías y con Pommier, después de lo cual se celebró una reunión en el *Lion d'or*. Tres días después, el general tuvo con los sargentos Raulx y Lefèvre una entrevista que sólo precedió de unas cuantas horas el arresto de todos los miembros de la *Venta* del 45.º regimiento de línea. Este suceso y la súbita marcha de los dos batallones de la isla de Ré para las colonias, destruyeron toda probabilidad de una próxima sublevación en aquella parte de Francia, y obligó á Bertón á abandonar La Rochela para retirarse á Puyraveau, cerca de Rochefort, esperando la ocasión de utilizar su tenaz empeño y restablecer su fama de hombre enérgico. Esta ocasión pareció presentarse á últimos de mayo.

El gobierno acababa de llamar entonces de Saumur y de sus cercanías las numerosas fuerzas que había enviado después de la intentona de 24 de febrero. La escuela de caballería se encontraba disuelta y reemplazada por un regimiento de carabineros, que pasaba por ser muy adicto á los Borbones; pero por cartas enviadas de París á los miembros del comité central de Saumur se enteraron éstos de que dicho regimiento encerraba una *Venta* de *Carbonarios*. Los numerosos conjurados de la ciudad y de los pueblos habían recobrado ánimos, y contando encontrar enérgicos auxiliares en la nueva guarnición, resolvieron emprender de nuevo la obra insurreccional intentada ya dos veces. El nuevo movimiento proyectado por los carbonarios de Saumur fué aprobado por la alta *Venta* de París, y se acordó confiar su dirección al general Bertón. Se esperaba mucho del sargento Woëlfeld, fundador de la *Venta* del regimiento de carabineros. En sus entrevistas con Grandmenil y Baudrillet, carbonarios influyentes de Saumur, Woëlfeld manifestó que respondía de su regimiento. Por otra parte, anunciaban de Angers, Nantes, Mans, Niort, Poitiers y localidades intermedias, que los conjurados de todas estas poblaciones responderían al llamamiento de los saumurenses; por consiguiente se podía intentar un nuevo movimiento. Se convino con Woëlfeld que esta vez la insurrección establecería en Saumur, un día de mercado, y que la apoyaría no sólo la guardia nacional de la ciudad, sino también

doscientos ó trescientos jóvenes ú oficiales de reemplazo que acudirían de las inmediaciones ó de París.

Era difícil ultimar los preparativos sin el general Bertón; Grandmenil y Baudrillet sabían dónde se hallaba escondido; fueron á verle y le enteraron de lo que ocurría. Bertón se exaltó á la idea de un nuevo esfuerzo que podía devolver la libertad á los numerosos cómplices detenidos á consecuencia de su primera tentativa; partió, y el 12 de junio llegó á Rosiers, á tres leguas de Saumur, hospedándose en casa del Sr. Chaillón-Saint-Aubin, ex capitán de artillería. El día 14 asistió en el bosque de Tuffeaux á una entrevista con Woëlfeld, á quien quería ver y oír antes de llevar nada á cabo; Baudrillet y Grandmenil habían obtenido del general la promesa de que no se daría á conocer y de que, presentado á Woëlfeld como su propio ayudante, se limitaría á escuchar. Pero este papel de espectador silencioso no era para el carácter de Bertón, quien no pudiendo contenerse, declaró su nombre á las primeras palabras. Woëlfeld le prodigó toda clase de protestas; llegado el momento, se comprometía á engrosar con dos escuadrones de su regimiento las fuerzas de los insurrectos; claro es que no se podía contar con los oficiales, generalmente «poco patriotas,» decía él; pero respondía de las disposiciones de los sargentos. Bertón manifestó el deseo de avistarse con algunos de éstos; Woëlfeld se comprometió á presentarle cuatro en la próxima entrevista, que se fijó para el 17. Esta segunda reunión tenía por objeto el determinar los últimos detalles del movimiento y el papel que en éste habían de desempeñar los carabineros; se convocaría á ella á los delegados de Angers y á los comisarios de los comités más próximos; y, á fin de no llamar la atención de las autoridades, se reunirían á las cuatro de la tarde, en el *Alleu*, casa de campo perteneciente al notario Delalande y situada en la vertiente de una de las colinas de la margen izquierda del Loira, á tres cuartos de legua de Saumur. En fin se invitaria á las Ventas y á los comités de Poitiers, de Niort, de Nantes y de Mans, á que enviaran á Saumur delegados á quienes se comunicaría, en la noche misma del 17, los acuerdos de la reunión.

Por más seguridad que pudiese inspirar la adhesión de Woëlfeld, la situación particular de Bertón imponía á los conjurados saumurenses, en interés de este jefe, una desconfianza excepcional. El general había cometido ya una imprudencia en la anterior entrevista, dándose á conocer inútilmente á Woëlfeld; por esto se acordó que no asistiría á la segunda, á menos que sus amigos considerasen que su presencia no ofrecía ningún peligro. Dos caminos conducen de Saumur á la *Alleu*, uno entre bosques por la cordillera y otro por el llano á lo largo del río. El general había de pasar la noche del 16 al 17 en el pueblo de Gennes, en casa de Delalande; tomaría al día siguiente el camino *de arriba* con este señor y Baudrillet, y se detendría á medio cuarto de legua del *Alleu*, en la aldea de la Tour de Nizé, en tanto que Chaillou-Saint-Aubin, Tessié de Lamothe, Grandmenil y los delegados de Angers, atravesando el río, se reunirían en Tuffeaux con los comisarios de las localidades vecinas, para ir por el camino *de abajo* á encontrar á Woëlfeld y á sus compañeros en el *Alleu*. El general aguardaría en Tour de Nizé y no se presentaría en la reunión sino en el caso de que fueran á buscarlo.

En la mañana del 17, Bertón y Delalande estaban dispuestos á partir, para lo cual no esperaban más que á Baudrillet, cuando este último les mandó recado enterándoles de que acababa de recibir en una pierna una violenta coz de un caballo, que le hacía imposible recorrer el trayecto de Gennes á Tour de Nizé como no fuera en barca. El general y Delalande no quisieron abandonar al herido; embarcáronse los tres, y remontando lentamente el Loira, llegaron cerca de las doce del día á la altura de Tour de Nizé. El calor era sofocante; los bateleros habían echado un par de redadas en el río; los viajeros estaban en ayunas; el *Alleu* se encontraba á pocos pasos de allí; se acordó descansar un momento en esta casa de campo, en el cuarto del dueño, almorzar con el pescado cogido y dejar luego el puesto libre á los conjurados, que habían de reunirse allí á las cuatro de la tarde con Woëlfeld y sus camaradas. A la una, Bertón y sus dos compañeros estaban sentados á la mesa; á las dos Delalande hizo observar que era hora de partir. En aquel momento se oyeron pasos: abrióse la puerta y apareció Woëlfeld, que se fué en derechura hacia el general y le abrazó. Extrañando verle solo, Bertón le preguntó por los camaradas que tenía que presentarle. El sargento contestó que le esperaban en un bosquecito cerca de la casa y que iba á buscarlos. Salió y volvió, en efecto, al poco rato, con otros cuatro sargentos que presentó al general, manifestando en nombre de todos que aquel encuentro inesperado les llenaba de satisfacción. Bebieron juntos y cada palabra pareció la expresión de la cordialidad más perfecta.

Al salir de Saumur, Woëlfeld no contaba encontrar tan pronto á Bertón; se había adelantado á la cita con el doble objeto de proceder á un minucioso reconocimiento del terreno y tomar sus medidas para que los acontecimientos no le hallasen desprevenido. Los cinco sargentos iban armados de fusiles de doble tiro y de pistolas cargadas, y tenían en frente dos hombres sin armas ni desconfianza alguna, y un herido. Woëlfeld, preocupado, parecía vacilar bajo el dominio de una idea fija. De pronto faltó vino y Delalande fué á buscarlo á la bodega. Bertón se quedó poco menos que solo. Woëlfeld cogió bruscamente su fusil y apuntó al general diciéndole: «¡Daos preso; si os movéis, os mato!» Inmediatamente después, otro de los sargentos amenazó del mismo modo á Baudrillet, quien á causa de su herida se hallaba en la imposibilidad de oponer la menor resistencia, y le obligó á tomar asiento al lado de Bertón, en un catre en que éste estaba sentado. Los demás sargentos acecharon la vuelta de Delalande, se arrojaron sobre él y le obligaron á sentarse junto á sus amigos. «¡Cómo!, ¡traidor vos!, decía el general á Woëlfeld.—¡Silencio, malvado!, contestaba este último; si fingí tomar parte en vuestro complot, fué únicamente para prenderos.» Los otros cuatro sargentos se habían colocado delante de los prisioneros, armas en mano y dispuestos á hacer fuego al menor movimiento. Woëlfeld se paseaba por la estancia. Varias veces Bertón apeló á los sentimientos de honor que aún suponía en el fondo de este sargento. Woëlfeld le contestó con injurias. Había una circunstancia que excitaba su inquietud y su irritación: los sargentos que habían venido con él de Saumur eran cinco; al ir al bosque á buscarlos expidió

á uno á la ciudad para que avisara á los jefes y les pidiera fuerza suficiente para la conducción de los presos; transcurrían las horas y esta fuerza no llegaba; y de un momento á otro podían llegar los diez ó doce conjurados que habían de reunirse en el *Alleu* á las cuatro de la tarde, hacer frente á los sargentos y libertar al general. El lejano ruido del galope de un caballo que venía hacia la casa le hizo creer que lo que tanto temía iba á realizarse. Woëlfeld salió precipitadamente de la casa fusil en mano, examinó al jinete, le hizo fuego y lo derribó de dos balazos. «¡Uno que ya duerme!, dijo volviendo á entrar en la casa sonriendo. Si viene Grandmenil, haré otro tanto con él.» Sin embargo aumentaba su inquietud; volvió á salir. Bertón aprovechó su ausencia para increpar á los otros cuatro sargentos por su conducta. «¡Qué queréis, mi general!, contestó uno de ellos; es muy sensible, pero tenemos que obedecer.»

Iba á dar la hora fijada para la reunión, y los señores Chaillón Saint-Aubin, Tessié de Lamothe, Grandmenil, Binet, Terrier, Rousseau, Choyet y Landry se dirigían por el *camino de abajo* hacia el *Alleu*. A poca distancia de la casa se les acercó corriendo un muchacho, que les dijo: «¡Cuidado!, ¡acaban de matar á un caballero!» Esta noticia, lejos de detenerles, les hizo apretar el paso. Momentos después encontraron tendido en una calle de árboles el inanimado cuerpo de uno de sus amigos, el Sr. Meignan, rico propietario de aquella comarca. La vista del cadáver y la presencia de Woëlfeld á la puerta del *Alleu*, fusil en mano, les revelaron parte de la verdad. Tessié de Lamothe y Grandmenil, aunque desarmados, corrieron hacia la casa, avanzando de un árbol á otro, á fin de esquivar la puntería de su adversario; ya habían recorrido parte de la alameda, y los prisioneros, locos de esperanza, podían verlos, cuando los gritos de *¡retiraos!, ¡huid!, ¡ahí vienen los carabineros!*, que alguien daba detrás de ellos, les hicieron retroceder. Juntáronse con sus amigos, bajaron el Loira y lograron hacerse transportar á la orilla opuesta. Por un batelero enviaron aviso inmediatamente á los delegados forasteros que en gran número habían llegado á Saumur, á fin de enterarse del resultado de la reunión, á cuyo aviso se pusieron en salvo. A la noche siguiente, Grandmenil se marchó á Angers, desde donde envió á Lafayette un emisario encargado de comunicarle todo lo ocurrido.

Mientras tanto, Bertón, Baudrillet y Delalande, conducidos á Saumur por los carabineros á los gritos de *¡viva el rey!, ¡abajo los bonapartistas!*, que daban soldados y oficiales, eran encerrados en el castillo, maniados y casi desnudos, pues les quitaron las ropas con el pretexto de registrarlas mejor. Para cubrirse, el general obtuvo por misericordia un capote de soldado. No tardaron en ser interrogados los tres. Baudrillet, quebrantado por el sufrimiento físico, y aterrado, no resistió á las preguntas apremiantes ni á las promesas del juez de instrucción; confesó todo lo que sabía, refirió su viaje á París y sus dos visitas á Lafayette, repitiendo hasta las palabras que oyó pronunciar á este diputado en presencia de Grandmenil. Vuelto á la prisión y preguntado por Delalande, Baudrillet le enteró de su declaración. Delalande enfurecióse contra él. «Semejante debilidad, le dijo, es un acto de traición que no sólo llevará á Lafayette al patíbulo, sino que también os perderá á vos,

en vez de salvaros. ¿Qué cargos pesaban contra vos antes de vuestra declaración? ¿El hecho de haberos encontrado almorzando con Bertón en una casa de campo? ¿Era eso un crimen? Vuestra situación se agravaría si Lafayette, procesado en virtud de vuestra declaración, fuese condenado por conspirador. Seguramente sufriríais el castigo reservado á los cómplices. ¿Os ha preguntado el juez las señas personales de Lafayette?—No, contestó Baudrillet.—Entonces podéis reparar el mal, repuso el notario. Necesariamente el juez va á darse cuenta de su falta y os volverá á llamar. Dad una filiación falsa y, á fin de no exponeros á la menor contradicción, describid una persona cualquiera de las que visteis en casa del general.» Baudrillet eligió el tipo de Gourlay, que por su edad, estatura y fisonomía era el que menos se parecía á Lafayette de cuantos había encontrado en casa de éste. Quince minutos después de esta conversación, Baudrillet fué interrogado de nuevo por el juez de instrucción, que en manera alguna pudo obtener de él las señas personales, muy conocidas, del célebre diputado de la extrema izquierda. El acusado dió invariablemente la filiación del ex vicepresidente del Cuerpo legislativo. Un solo testimonio podía invalidar esta declaración, evidentemente inexacta: el de Grandmenil, quien, puesto en presencia de su cómplice, no consentiría seguramente en dejar afirmar en su presencia que, impostor indigno, había presentado dos veces á Baudrillet supuestos diputados y un *falso Lafayette*. La policía desplegó toda su actividad para apoderarse del cirujano de Rosiers; pero mientras le buscaban en el Oeste, Grandmenil, que se había refugiado en París, después de haber permanecido algunas semanas oculto en las cercanías de la Flèche, esperaba en casa de un jardinero, detrás de los Inválidos, los medios de pasar al extranjero. El 1.º de agosto, cerca de mes y medio después de la detención del general Bertón, Jorge de Lafayette, que se había encargado de facilitar la partida del fugitivo, fué á anunciarle que uno de los diputados de la izquierda, amigo suyo, Adam de la Pommeraie, se prestaba á hacerlo conducir á Normandía á casa de unos amigos que le ayudarían á trasladarse á la isla inglesa de Jersey. «Hoy mismo debo presentaros á mi colega, añadió Lafayette; nadie os conoce á excepción de algunos de nuestros amigos, y la Cámara es el sitio más seguro para esta entrevista.» Ambos se fueron al Palacio Borbón y esperaron en el salón de conferencias que pasara el Sr. de la Pommeraie. Benjamín Constant, el general Lafayette, el general Foy y otros diputados de la izquierda, al atravesar dicho salón para entrar en el de sesiones, cambiaron algunas palabras con Jorge de Lafayette y con Grandmenil; llegó por fin La Pommeraie y se llevó al conjurado saumurense á otro sitio del palacio, donde, menos expuestos á las miradas del público, pudieran hablar de los detalles de la marcha.

La sesión de la Cámara había empezado entonces; discutíanse los presupuestos de Hacienda, asunto árido que dejaba á la mayor parte de las tribunas vacías y á los diputados faltos de atención. El presidente se disponía á poner á votación los dos millones anualmente pedidos para la dotación de la Cámara de los pares, cuando se manifestó una súbita agitación en todos los bancos: muchos diputados, con el *Monitor* en la mano, iban de